

## NOTAS FILOSOFICAS SOBRE NUESTRA HISTORIA

*José Ignacio López Soria*

### ¿Qué es filosofía?

Pocas preguntas tan complejas y comprometedoras a un tiempo como aquella que interroga por el filosofar. Necesitamos sin embargo partir de esta pregunta si queremos entender en plenitud las reflexiones que a continuación exponemos más como un bosquejo hipotético que como una tesis ya lograda. No es nuestra intención dogmatizar sobre el deber ser de nuestra filosofía sino simplemente incidir en algunos puntos de crítica de donde puede quizás nacer alguna luz que nos oriente en la penosa tarea de buscar nuestro ser auténtico. Es la autenticidad lo único que buscamos como rechazo consciente de la inautenticidad que nos caracteriza, porque para nosotros la inautenticidad camina junto a la alienación, a la más profunda pérdida de la libertad, junto a la imposibilidad de realizar en plenitud el ser que somos, en fin, junto a la dependencia como manera de ser hombres. No queremos quedarnos solamente en el nivel de lo que *tenemos*, como lo hacen otras disciplinas. Queremos llegar hasta el ser que *somos* porque pensamos que sólo allí encontraremos el hontanar originario de nuestro filosofar.

De la filosofía podemos dar múltiples definiciones, pero ninguna de ellas agota el caudal del filosofar porque, siendo la filosofía una forma de vida, encerrada en los estrechos límites de un lenguaje, equivaldría a negarla en su misma radicalidad. Sin embargo, en un afán racionalizante, nos atrevemos a describirla como un *saber radical de realidades para saber a qué atenerse*. Entendemos aquí *saber*, desde su origen etimológico, como un gustar en profundidad, como un saborear internamente ajeno al mero conocimiento adjetivo que caracteriza al cientifismo mal entendido. Se trata, además, de un saber especificado por la *radicalidad*, es decir, un saber que intenta, al menos como referencia, orientarse dentro de la órbita de lo que es. Es cierto que la filosofía es consciente, después de Kant, de las dificultades que le asedian cuando pretende atrapar lo que es. El esfuerzo del filósofo queda siempre inscrito en lo que aparece, en lo fenoménico, pero apunta como referencia a lo que es. La radicalidad de la filosofía no atañe sólo a la actividad filosófica, sino

al origen de esta actividad. Es radical el filosofar porque parte de la raíz, del origen, del principio constitutivo de la realidad. Un saber en tanto es filosófico en cuanto que nace de la manera profunda de ser hombre del individuo o de la colectividad que lo realiza. La filosofía, por lo tanto, se confunde con el saber originario que enraíza sus fundamentos en la estructura misma de la personalidad social. Creemos que solamente así entendida puede preciarse la filosofía de ser un saber radical de *realidades*, porque la realidad se nos da necesariamente en un marco de referencia en el que lo que acontece se relievra en su originariedad. La vida se comparte en este sentido, según el pensamiento orteguiano, como la realidad radical ya que toda realidad, si pretende devenir realidad para nosotros, debe dársenos en la vida. Es en esa vida, por otra parte, en la que la realidad adquiere un sentido orientándose dentro del marco de referencia y actuando, al mismo tiempo, como orientadora referencial. La realidad a la que nos referimos es, pues, la realidad vital, aquella que forma parte de nuestras circunstancias y que entra con nosotros en una relación dialéctica difícil de precisar.

Siendo radical el saber filosófico y encuadrándose por otro lado dentro del marco de la realidad, puede evidentemente orientarnos para *saber a qué atenernos*. No se queda la filosofía en el nivel gnoseológico por más profundo que éste pretenda ser. La filosofía busca orientar al hombre en su deber ser. El camino que sigue, para esta orientación, se muestra a nosotros como el único auténtico, del ser al deber de ser. No se trata de un deber ser aprendido en cánones pretendidamente eternos e inmutables, ni de un deber ser recibido de otra cultura, es decir, de otra manera de ser. Se trata de adentrarse en el origen de lo que *somos* para de allí sacar lo que *debemos ser*. A esto, y sólo a esto, llamamos autenticidad, originariedad. Y es en ese marco en el que nos atrevemos a definir la filosofía como un saber radical de realidades para saber a qué atenerse. Sin estas notas previas, nuestra reflexión filosófica sobre el ser de lo peruano carecería de base suficiente.

### **Filosofía e historia**

La filosofía nace, pues, del hontanar del ser, pero este ser se nos da trascendido de historicidad. La reflexión filosófica incide consecuentemente, en primer lugar, sobre el hecho de la historicidad. La historia no es sólo el arco espacio-temporal en el que nace una filosofía, sino el transfondo íntimo de su originariedad. Si la filosofía pretende ser auténtica debe volverse sobre el hombre que la realiza para caer en la cuenta de las posibilidades y limitaciones que se le ofrecen para encontrar allí el campo virgen de su originalidad. Es del ser que vamos siendo de donde debe nacer la actitud filosófica si pretende poder enunciar lo que debemos ser.

El ser que hoy día somos no ha nacido hoy. Sus raíces se adentran en la historia, hecha herencia inconsciente y formas culturales. El proceso histórico de la sociedad a la que pertenecemos ha gestado en nosotros lo que podríamos llamar el inconsciente colectivo y los cánones culturales que operan como factores de socialización. Este proceso ha creado una situación en la que nace el filósofo y que le atenaza aun cuando, por momentos, crea escapar de ella. La filosófica parte, pues, de una determinada situación originada por el proceso histórico. Analizar esta situación reflejamente en orden a enmarcarse en ella con conocimiento de causa, será la primera tarea del filosofar. De otra manera la actitud filosófica degenera en alienación. Este análisis que postulamos no consiste solamente en describir los elementos que componen la situación sino en explicar su génesis.

La situación puede ser entendida sincrónica y diacrónicamente. Desde el punto de vista sincrónico se da una explicación de una situación al analizar los elementos que la componen señalando las relaciones que guardan entre sí en cuanto partes de una totalidad en la que cada elemento aislado adquiere un sentido. En los estudios que los sociólogos hacen sobre nuestra realidad se advierte aun preferencia por la explicación sincrónica. Para el filósofo, sin embargo, este tipo de explicación, no despreciable ciertamente, no cumple aún todos los requisitos de una auténtica explicación. A la sincronía hay que unir la diacronía, es decir, el análisis de la génesis de esa situación concreta a lo largo del proceso histórico. La situación actual hunde sus raíces en el ser histórico gracias al cual ha devenido ser presente. Este llegar a ser presente se ha realizado negando unas veces la tradición, afirmándola otras y asumiéndola siempre. Entendemos aquí asumir en sentido dialéctico, es decir, como un recibir algo que al ser asimilado se pierde en cuanto recibido pero se gana al adquirir una nueva forma. La situación actual, por tanto, no repite una situación pasada ni es la suma de todas las situaciones anteriores. Si así pensásemos, nos incluiríamos dentro de un determinismo histórico que ciertamente rechazamos. Queremos insistir simplemente en la necesidad de partir del proceso histórico para dar una *explicación* más adecuada de nuestra manera de ser hombre.

### **Puntos de crítica**

No descubrimos ninguna verdad si hacemos caer en la cuenta que en el Perú no ha habido filosofía de la historia porque no se ha dado aún entre nosotros ni la filosofía ni la historia. Es ya un lugar demasiado común referirse a nuestros filósofos como fríos y tardos imitadores de ideas nacidas más allá de nuestras fronteras. No negamos que hagamos contacto con eminentes escolásticos, kantianos, hegelianos

o blondelianos. Solamente constatamos con dolor que nuestros filósofos no partieron de su origen hacia la filosofía, por lo que nunca llegaron a crear una obra auténticamente filosófica. La falta de originariedad se tradujo en ellos en ausencia de originalidad. Pretendieron alcanzar el universalismo a través de la imitación de los grandes maestros del filosofar sin advertir que les separaba de ellos el abismo insalvable de la actitud inicial. Los grandes filósofos fueron tales porque plasmaron en una estructuración racional la manera originaria de ser hombres de ellos y de los hombres de su cultura. Nosotros, sin embargo, en un rasgo más que muestra la dependencia, pretendimos asimilar el producto ya elaborado sin atender ni el origen ni el proceso de elaboración. Y no puede argüirse contra nuestra crítica que algunos de nuestros pensadores reelaboraron el material aprendido en un esfuerzo por adaptarlo a nuestra manera de ser, porque aun cuando así haya sido, subsiste el error de origen. La reelaboración es otra forma, más sutil si se quiere, de dependencia, puesto que desenfoca el punto de partida de filosofar. A lo más, nuestros filósofos han adaptado el producto ya creado negándose la posibilidad de creación, fuente primigenia del filosofar. Como somos importadores de artefactos y de productos manufacturados, somos también importadores de ideas y aun de vivencias filosóficas. Si triste es la importación de objetos materiales porque nos convierte en dependientes de lo que tenemos, más triste aún es la importación de ideas porque nos esclaviza en lo que somos.

He ahí el problema radical de nuestra filosofía, *somos* dependientes. No sólo *tenemos* la dependencia como estructura que pesa sobre nuestras cabezas, sino que somos infraestructuralmente dependientes. En este sentido nos atrevemos a firmar que nuestra filosofía ha sido auténtica en la medida en que ha reflejado, aun sin pretenderlo, nuestro ser defectivo, sin hacer, no obstante, ningún esfuerzo por salir de esa defectividad de la quizás ni siquiera era consciente.

Las ideas aquí vertidas no niegan ni la necesidad de acercarse a lo universal ni la existencia de ciertos rasgos de nuestra filosofía en los que ya se vislumbra el problema que esbozamos. Son los sociólogos de nuestro tiempo quienes, al iniciar el estudio de la dependencia y de la dominación como esquema de comprensión de nuestra realidad social, han incitado en los filósofos la urgencia de abocarse a la crítica de su propio quehacer filosófico como base de la creatividad. En este sentido, consideramos que el aporte del Instituto de Estudios Peruanos y de los sociólogos que agrupa tiene inconmensurables consecuencias para la actividad filosófica en el Perú. De otro lado, no se nos escapa que en algunos de los planteamientos de González-Prada y de Mariátegui existe ya el germen de lo que aquí postulamos.

Decíamos que al insistir en la necesidad de nuestra filosofía parta de nuestro ser originario no negamos la posibilidad de acceso a lo universal. Entendemos, sin embargo, que el entronque con lo universal a través de la imitación es un camino que seca la creatividad. Pensamos que llegaremos a la auténtica universalidad el día que seamos profundamente nosotros mismos. No encontramos otro posible camino de salida hacia lo universal que encerrándonos en nuestro ser originario, porque allí en donde somos más profundamente nosotros mismos no somos ya sólo nosotros mismos. El ejemplo de Vallejo puede clarificar lo que queremos decir y servir, al mismo tiempo, de lección para los que buscamos una línea filosófica que se defina por la autenticidad. De Vallejo no podemos negar dos aspectos, autenticidad y universalidad. Si las obras de nuestro poeta aciertan a despertar eco en el hombre de muchas latitudes es porque se adentró tanto en sí mismo que alcanzó a plasmar, en las líneas prietas de su verso, el fondo de sí mismo, es decir, el núcleo de lo humano. Llegó, pues, Vallejo a la universalidad no saliendo de sí, sino encontrando en sí aquello en lo que los hombres coincidimos. Es curioso advertir la coincidencia de muchas de las vivencias vallejianas con las de los filósofos de la existencia a pesar de que se nos asegura que nunca entró en contacto con los cultores del existencialismo. Esto sí es imitable, la actitud de adentrarse en sí mismo para encontrar allí el hontanar de nuestro filosofar.

Pero preguntémosnos ¿en qué consiste nuestro ser sí mismo? Si creemos que lo que somos es, de alguna manera, producto de lo que fuimos, el camino hacia la interpretación de nosotros mismos debe partir necesariamente del proceso histórico. El filósofo no podrá explicar en plenitud el ser que somos si desconoce el proceso a través del cual hemos llegado a ser. ¿Qué instrumento puede usar el filósofo en orden a captar la génesis de nuestro ser actual? ¿Acaso la obra histórica? Entramos en el segundo punto de crítica, ¿qué han hecho los historiadores?

Para quienes hemos acudido a la historia esperando encontrar una cierta explicación de la situación actual, ha sido triste comprobar que muy poco de la historia aprendida sirve para los fines que orientaban nuestros pasos. Dos deficiencias nervalas advertimos en la obra de nuestros historiadores: preferencia excesiva por la historia externa, polarizada, además, en los grandes personajes, y casi total ausencia de estructuración sincrónica y diacrónica. Y no se salvan de esta crítica ninguno de nuestros considerados “maestros” en el arte de hacer historia. Nuestras obras históricas son una suma de datos externos casi exclusivamente ligados a las hazañas de tal o cual personaje. No sólo está de ellas ausente la unidad diacrónica del proceso histórico, sino aun la unidad sincróni-

ca de cada una de sus épocas. Tenemos, por tanto, una visión epidérmica de lo que el Perú fue de tal o cual etapa que en muy poco contribuye a la posibilidad de captar qué sea lo peruano. Y llamamos epidérmica a esta reconstrucción histórica porque aun cuando se encuentran enunciados ciertos datos del proceso económico-social, estos no sólo están desligados entre sí a lo largo de los años sino aun desintegrados de los aspectos políticos y culturales en los que abundan nuestras historias. Han desconocido nuestros hacedores de historia las relaciones que guardan lo económico y social con lo político y cultural, y así nos entregan una obra, abundosa en datos, pero carente de unidad, por una parte, y de profundidad, por otra. En consecuencia, no podemos extraer de la obra histórica ya escrita la gestación de la manera de ser de lo peruano, aunque no sean despreciables algunos datos contenidos en ella. El filósofo se siente, pues, desamparado cuando intenta de buscar en el proceso histórico la génesis de nuestro ser sí mismo. Le compete la tarea de concienciar esta carencia como necesidad que debe ser satisfecha.

Reconocemos, sin embargo, que en la obra de los mejores sociólogos existe ya este planteamiento y que, incluso, han avanzado en el análisis del proceso histórico tal y como aquí lo exigimos. No es menos meritorio el esfuerzo de la generación joven de historiadores salidos de las aulas sanmarquinas, que bajo la dirección acertada de algunos maestros como Macera, se está ya moviendo en orden a la reconstrucción de un tipo de historia más integrada dentro de cada etapa y más procesualmente estructurada como devenir del hombre peruano. En estos grupos, que hoy se inician en el área de la sociología, de la antropología y de la historia, y que mañana tendrán sobre sus hombros la tarea de orientar la universidad y los centros de investigación, ciframos—quienes nos dedicamos a la filosofía—la esperanza de una revolución en los estudios históricos que nos posibilite encontrar el auténtico ser que somos. Sabemos que los esfuerzos de la nueva generación estudiosa de los procesos sociales se limitan, por ahora, con una metodología más seriamente científica, al análisis de aspectos muy concretos de nuestra realidad actual y pasada. No contamos todavía con la síntesis que necesitaría el filósofo como punto de partida hacia su reflexión filosófica, pero somos conscientes que el día en el que lleguemos a esa síntesis, habremos puesto la base para una auténtica filosofía peruana. Hablamos de una síntesis del proceso histórico nacida del análisis científico que, sin negar la creatividad, se ajuste a las exigencias emanadas del análisis. No nos referimos a esas síntesis, en la que, sin previo análisis y teniendo como único elemento la intuición—no despreciable, por otra parte—, se lanzaba el pensador a estructuraciones más valiosas como ensayo literario que como historia científica.

## Camino de salida

En las reflexiones anteriores pueden encontrarse implícitos los caminos de salida de la situación que hemos planteado. Queremos, sin embargo, explicitarlos más concretamente.

Creemos que el punto de partida de nuestra filosofía debe ser hundir sus raíces en el ser que somos si buscamos la autenticidad. La sociología, sustituyendo el trasnochado mestizaje por la dominación como esquema para comprender nuestra realidad, ha abierto un cauce de insospechadas posibilidades para filósofos e historiadores. Buscando el ser que somos, han incidido los sociólogos en el término de dominación que sintetiza nuestro proceso histórico de cuatro siglos y tipifica nuestra manera de ser actual. Somos dependientes, estamos insertos en el esquema de la dominación, porque desde 1532 las bases infraestructurales de nuestra sociedad se caracterizan por estar polarizadas en intereses económicos-sociales, políticos y religiosos-culturales de metrópolis situada más allá de nuestras fronteras. En el ser que hoy día somos arrastramos la pesada herencia de la dominación. Dominación significa que nuestras fuentes productivas estuvieron sometidas a intereses foráneos que nada tenía que ver con el progreso interno. Al ser dominadas las fuentes productivas, se generó un tipo de relaciones sociales que buscaba reafirmar el sistema de dependencia. La dependencia se tradujo en una estructuración de la sociedad en la que, al insertarse el hombre, queda apesadado dentro de los lazos de la dominación imposibilitándosele la realización en plenitud. Su participación política, por tanto, y aun su producto cultural no son sino el fruto tardío de esa alienación.

El punto de partida hacia una auténtica filosofía arranca, pues, de la concienciación de la dominación. Si *somos* dominados—y nos referimos no sólo a una dominación externa sino a la dominación interior ejercida por quienes tienen en sus manos las fuentes productivas—, incumbe a la filosofía, como primera tarea, tomar conciencia del ser que somos. Pero la filosofía no puede quedarse solamente en señalar con el dedo el ser que somos. Toca al filósofo preguntarse por la causa de lo que somos para lo que acude a la historia en busca de una respuesta diacrónica y a la sociología por la respuesta sincrónica. Dado que ésta no puede darse sin aquélla, es necesario acudir a la historia si queremos llegar hasta el germen originario de ser que somos. Somos dominados, dependientes, nos dice la sociología, y los filósofos traducimos este concepto por el de inautenticidad porque nos parece más pletórico de sentido. Develar la situación de inautenticidad que nos atenaza, impidiéndonos la busqueda de nuestro ser originario, constituye la misión primordial de la filosofía en el Perú. Es necesario clarificar

esta situación porque la inautenticidad nos constriñe de tal modo que, a veces, ni siquiera nos percatamos de ella. La inautenticidad se traduce en alienación, es decir, en ausencia de libertad. Concienciar ese vacío como carencia constituye para nosotros el primer paso hacia un auténtico filosofar.

Corresponde también a la filosofía explicar el ser que somos desde su raíz originaria. Para ello se vuelca sobre la historia en una reflexión sobre nuestro haber sido que a manera de filosofía de la historia indague en el pasado como fuente de nuestro ir siendo. Nuestra filosofía de la historia comenzará criticando las obras históricas ya escritas. Al constatar los defectos que enunciábamos más arriba, tratará la filosofía de la historia de hacer caer en la cuenta a los historiadores de la necesidad de usar un método más auténticamente científico mediante el cual se llegue a una reconstrucción histórica, en la que, sin olvidar los detalles necesarios, se integren todos los aspectos de la vida del hombre peruano en una síntesis diacrónica y sincrónica. Las narraciones históricas son hasta ahora epidérmicas porque olvidan el estudio en profundidad de los procesos económico-sociales sin cuyo análisis carecen de sentido los hechos políticos, las estructuraciones ideológicas, las plasmaciones culturales y aun los fenómenos religiosos. No decimos que estos se deriven de aquellos con carácter de necesidad, pero mantenemos que existe entre todos una relación que no puede ser olvidada por quienes buscan la verdad histórica.

Compete finalmente a la filosofía hacer caer en la cuenta a los estudiosos del hombre actual, sean sociólogos, antropólogos o psicólogos, de la necesidad de buscar en la evolución histórica la explicación de los fenómenos presentes. Queremos insistir, además, en la urgencia de que nuestros científicos sociales traten de extraer de nuestra misma realidad el método más adecuado para su estudio. No despreciamos, con esta posición, la posibilidad de recibir del mundo que nos rodea metodologías ya perfeccionadas. Enunciamos, simplemente, que nuestra realidad tiene su propia especificidad de donde se deriva que debe ser tratada con un método específicamente diferente. Para el afinamiento de ese método, un diálogo entre epistemólogos y científicos sociales sería no sólo conveniente sino necesario.

Es cierto que la situación actual de la filosofía es angustiosa. La evolución de nuestro ser histórico ha venido a condenarse prietamente en nuestro espíritu produciendo la angustia de la inautenticidad. No hemos heredado nuestra angustia de la inadecuación del *en-soi* y del *pour-soi* sartriano, ni de la blasfemia contra Dios en los montes de Jutlandia de Kierkegaard, ni de la ausencia de sentido del santo laico de Camus. La angustia nació en nosotros cuando queriendo ser

## Notas filosóficas sobre nuestra historia

auténticos nos volvimos sobre nosotros mismos para percatarnos de que somos lo que nunca hubiéramos elegido ser, de que estamos insertos dentro de una estructura que no nos posibilita la realización en plenitud de nuestra libertad. Pero esta angustia ha gestado ya en nosotros una situación límite en la cual no hay sino dos posibles actitudes: o nos sumimos en la angustia estéril o nos rebelamos contra ella en un esfuerzo por encontrar nuestro ser originario. Queremos pensar que lo mejor de nuestra filosofía, oprimida por la situación de inautenticidad que le aqueja, al percatarse de ella está ya dando los primeros pasos hacia a la autenticidad

Lima, octubre, 1969